

F6 2266

# NUESTRA NOVELA EL TOQUE DE PERDIDOS

VISION SERRANIEGA



25  
Cts.

Por

## VICTOR ESPINOS

Arquitecto de Madrid

FG 2266

ALVARO ASTIZ

ALVARO ASTIZ

ALVARO ASTIZ

ALVARO ASTIZ

ALVARO ASTIZ

ALVARO ASTIZ

ALVARO ASTIZ

ALVARO ASTIZ

ALVARO ASTIZ

ALVARO ASTIZ

ALVARO ASTIZ

ALVARO ASTIZ

ALVARO ASTIZ

ALVARO ASTIZ

ALVARO ASTIZ

AÑO I.

Madrid, 29 de enero de 1925.

Num. 4

# NUESTRA NOVELA

PUBLICACION SEMANAL

---

---

## EL TOQUE DE PERDIDOS

VISION SERRANIEGA

DE

VÍCTOR ESPINÓS

Portada e ilustraciones de ADRIAN DE ALMOGUERA



DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

BARQUILLO, 4 y 6.-TELÉFONO 26-79 M.

MADRID



---

Imprenta de Juan Pueyo. Luna, 29. Teléfono 14-30.—MADRID

Ayuntamiento de Madrid

R/122.153

Una mano de hombre que golpea el cáliz invertido de la campana, abomina del egoísmo; es la mano de un hombre que piensa en otro hombre, en un hermano: la campana es el sello de una solidaridad, que dice: ven, pide a Dios... o bienvenido seas... o el cielo te haga feliz... o el Señor te acoja...

¡Tan... tan!...

Y en la fosca e hiriente blancura fantasmal de los valles nevados iban perdiéndose desgranados los claros y tristes sonos del toque de perdidos..

Y caía la nieve... caía la nieve...

.....  
.....  
Junto a la bien abastada lumbre de roble, y a la luz de la tea aceitosa y estallante, medita el ceji-junto tío Marcelón.

Viudo de una infeliz mujer que le dió una hija y se murió, como si sólo para eso hubiese vivido veinticinco años, medita en esta noche de nieve y de helor el tío Marcelón.

Está viejo: presente que en una de estas noches de helor y de nieve abandonará, para no volver, la villa serraniga de que jamás salió, y entonces que:



Junto a la bien abastada lumbre meditaba el tío  
Marcelón.

dará sin arrimo ni defensa bastante su hija, su Mariana, cifra y resumen y compendio de todos sus afectos, bien reducidos, por otra parte, que no es pródigo Marcelón, ni nunca lo fué, en efusiones cordiales: duro y seco como los peñascales y como los cantiles...

Pero Mariana, sí. Mariana llenaba el corazón de aquel hombre, hartó apegado a los bienes materiales y resuelto a proporcionar un pasar sin penas ni preocupaciones de este orden a su moza, garrida moza, que todo se ha de decir.

Marcelón tenía concertado consigo enteramente y en principio con gentes de su sangre, avocindadas en Zarzamoral, de donde todos procedían, un matrimonio de *comenencia* para la ignorante criatura que junto a sí tenía, sin más refugio que él, desde que Dios llamó a su seno a la madre, de quien Mariana heredara la mansa condición infeliz, que se mostraba en muchas recomendables cualidades de espíritu, resumidas en la particular vocación para el sacrificio y honesta gracia natural, que le impedían proferir ante su progenitor la más suave queja, aunque no le evitaran, que no podían evitarle, heridas y torsiones en el alma, abierta en

paz y en hora propicia a un querer con nombre y figura de varón...

Porque Marcelón, al cabo había de decírselo y se lo dijo:

—Hija, Mariana. Arrima esa banca y ponte junto a mí, que hemos de hablar.

Hízolo así la moza, como se lo encargaban, y esperó.

—En Zarzamoral, como sabes, vive mi primo Leocadio, y se ha tratao entre los dos que su hijastro, Francisco, que ya le conoces, que vino arreado la punta vacuna en la feria de dos años hace, y tú, sus veáis más, y al cabo sus caséis, con que se harán una dos casas fuertes. Si hijos tenéis, malo ha de ser que no rayen tan alto como rayen los más bien establecíos de la sierra, y malo ha de ser que no sus parezgáis bien el uno al otro... que si sus lo parecéis, mejor; por más que eso es cosa que viene a más andar con el aquel del trato y del mejor conocerse...

Calló Mariana.

Marcelón juzgó llegada la hora de encomiar las anchuras de vida de los de Zarzamoral...

—Bueno es que sepas tú, como lo sé yo, que lo



Hízolo así la moza, como se lo encargaban.

sé bien, que Leocadio pasa por ser de los más recios pudientes de estos contornos. Sólo así pue hacerse lo que él hizo en la feria de Roblones... ¿No lo sabes?

Mariana no lo sabía, ni quería saberlo. Siguió Marcelón:

—Pues yo te lo diré. Cuentan que en la feria de Roblones mercó a ojo, y en firme, cuanto había en el teso: sin bajarse del potranco que montaba, marcó precio, vendió a como quiso y se hartó de onzas... ¡Es mucho Leocadio!... Y así, Francisco va camino de ser un señor de ganao, lo que se dice un señor de ganao, de aquellos de quienes marras pudo icirse: «un escudo por cordero y un doblón por oveja».

El callar de Mariana no era aquiescencia, ni podía serlo; para Marcelón, más resuelto vividor que padre perspicaz, Mariana callaba otorgando. Y se dejó ir por el camino de las adivinaciones financieras, en pleno deslumbramiento.

—Y con lo que ellos saben y tienen de ganadería, y lo que se me alcanza a mí, a tu padre, de aserrió, cortas y aprovechamientos, de lo sano en subasta y de lo quemao, cuando lo hay, pues ati

cuenta que la sierra con sus pinos y sus robles, con más las puntas de vacas de carne o de leche, y las churras y las merinas, y todo lo que Dios crió, pa mosotros... ¡pa ti, Mariana; pa ti y pa tus críos!

—¿Y pa qué tanto, padre?— se aventuró a decir tan sólo la interpelada—, ¿pa qué tanto? ¡Tó se queda aquí cuando nos vamos!..

—Bueno. ¿Y tan y mientras que estamos acá, hija? Bien sales a aquella santa, la tu madre, que de ca peseta sabía hacer dos... Eres de buen componer, y a tó te apañas; que eso ya lo procuramos los padres ordenaos... Pero llega el caso de vivir a gusto, con lo que hace falta pa vivir a gusto, y adelante..

¡Ay, si Mariana hubiera podido oponer su programa al de su progenitor!

Un programa breve, claro, comprensivo... Un nombre que era todo un programa... ¡Esteban!..

Pero Mariana siguió callando. Estas mujerucas de la sierra saben bien que cuanto puede señalarse a la redonda, volteando una gancha, en el campo, es de cinco ricos, de seis ricos, de cinco casas, de seis casas, entrecruzadas unas con otras por bodas que «se ven de venir» en cuanto nace un crío nue-

vo en cada una de esas casas. «Este—dicen los vecinos—será para la chica que tuvo el año último, por la siega, la mayor de Fulano.» Y aciertan. Se «ve de venir»... Ellos, los padres, lo ven lo mismo, y se lo hablan: «Mi Facundo para tu Agapita.» Y con eso los ricos siempre son los ricos, y todo queda y se amontona de puertas adentro.

Es verdad que de este modo los medianiles son menos cada día, y como los medianiles son el nervio de los pueblos, los pueblos desmerecen a compás que van encanijándose, desmedrándose los hijos enclenques y meningíticos, pasto de caciques o de pasiones, de las avaras combinaciones y selecciones realizadas por Himeneo, al dictado de Mercurio.

Nada dijo, pues, que para eso, para que diera el cuello a la segur del infortunio, se concretaban en ella generaciones de mujeres castellanas, firmes en el querer, pero resueltas en el cumplimiento de la obligación tradicional, que habían pasado del padre, que no se elige, pero al que hay que amar y respetar, al esposo que se les había señalado, muchas veces sin consultarlas, otras mil contrariando abierta e indiferentemente sus inclinaciones.

Esto último no lo sabía Mariana; pero lo otro, lo de la sumisión ciega a «lo que manda padre», sí. Y guardaba silencio de víctima propiciatoria. Si acaso, repetía por lo bajo:

—¿Pa qué tanto, padre? ¡Pa qué tanto!...

Mientras, Marcelón, echando unos desgarrones de tea rubia y olorosa en el quemadero y unos rollos de pino en el llar berroqueño, repetía:

—Las mujeres, y de mozas menos, no entendéis de esto. Dejaisos llevar...

Mariana, con los ojos clavados en la movediza lengua de fuego que escapaba, dando chasquidos, de la leña no muy curada aún, como en una liberación largo tiempo anhelada, las manos cruzadas y sujetas entre las rodillas, sólo por la agitación de su pecho dejaba de parecer la estatua sedente de la resignación.

Un callar que sólo interrumpía el ahullido del viento, fué como el punto final de aquel diálogo. Al cabo, dijo Marcelón, entre desperezo y bostezo:

—Es tarde ya, Mariana. A dormir.

La moza se levantó: apartó a un rincón los leños ardientes, arrió al rescoldo el cántaro de agua,

encendió con un trozo de tea la candileja y, después de besar la mano de su padre, salió de la cocina. Marcelón la siguió a poco.

Fuera, en la inmensidad de la noche cruel, nevaba con furia.

De lo alto de la torre seguía cayendo desgranado, triste y cordial, fraternal y lamentable, a un tiempo cristiano y brujo, el toque de perdidos.

¡Tan... tan!... ¡Tan... tan!

\* \* \*

Por la febril imaginación de Mariana—¡maldito Zarzamoral y quien puso allí la primera piedra de la primera casa!—pasaron los gratos recuerdos del dulce afecto condenado a morir aún naciente.

Las miradas y chicoleos de Esteban, en el baile del teo o en la rueda; los manojos de flor en la sanjuanada; la recia y verdinegra rama bendita del acebo de la pascua, que desde Navidad cruzaba la reja del ventano, por el que la casta alcoba encajada se asomaba a la calleja; el ir y venir por ésta a lo preciso y a lo no preciso... Sobre todo, las palabras de aquel día de la fiesta mayor, entre el estampido de los cohetés, los agrios sonos de la ban-

da y los pregones de la piadosa subasta de banzos de las andas de la imagen o los enormes pendones procesionales... Recordaba esas palabras una a una como si se hubiesen grabado en su memoria y en su corazón con las letras de fuego con que se marcan los corderitos...

—¿Me oyes, Mariana?

—Te oigo, Esteban; pero por poco tiempo...

¿Qué quieres?

—¿Tienes compromiso tú con alguno que te lo impida, Mariana?

—De más sabes que no. Es que nos miran...

—A ti será, por guapa y por garrida...

—Déjate de eso...

—Pues contesta...

—Ya podías preguntar.

—Ya lo sabes. Que si tienes compromiso con alguno.

—Sin compromiso estoy: también tú lo sabes.

—¿Lo quieres tener, garrida?

—No te arrimes tanto, que ya me comprometes con eso y antes de que te responda, Esteban...

—Pero ¿lo tendrías?

—Y dale...



—¿Me oyes, Mariana?

—¿Lo tendrías, Mariana?

—¿Te importa tanto saberlo?

—Amos... Mariana.

—Eso digo yo... ¡Amos... Esteban!

—Pos contesta...

—Desarrímate, Esteban, habla más claro, y luego, yo.

—... Que te quiero, Mariana. Que te quiero pa siempre... ¡Habla ya, que más claro no sé decirlo!

—Por mí...

—¿Qué, Mariana?

—Por mí...

—Entonces...

—¡Aticuenta que té respondí, Esteban!

—No: que has prometido. «Habla más claro, y de seguida, yo.»

—También dije «desarrímate», y... ya ves... Eso es otra cosa.

—Y ahora...

—Que... también yo, Esteban...

—¿También qué?...

—También... pa siempre.. Y Mariana se arrancó al grato departir para mezclarse con la multitud endomingada, llevando en el alma una lucecilla re-



\*

pentinamente encendida, que nuevas pláticas y las remembranzas de ellas habían venido alimentando y manteniendo como un faro interior que el huracán del destino quería apagar violenta, brutalmente...

Luego vino el comparar mentalmente a Esteban, el imposible, con Francisco, el obligado... Aquel buen mozo, guapo, el suyo, el que le parecía bien, y con eso bastaba, pues que no había cosa que echarle en rostro como no fuera el no tener puntas de vacas en prados de largo, como el otro, que de esto andaba bien, y de agrado y simpatía rematado, el pobre...

Y en tal pensamiento se ocupaba la acongojada moza, cuando una seña, familiar para ella, le advirtió de la presencia del condenado junto a su reja...

Acudió presurosa. Abrió. Una ráfaga de aire helado dióle en el rostro, aún enrojecido por el calor de la lumbre y por la emoción.

Era, en efecto, Esteban.

—¡Ay, Esteban!—pudo decir sólo la moza.

—No me esperabas, claro. Pronto te digo lo que hay, hermosa. Haz de saber que mañana, por el atardecido, viene mi padre a ver al tuyo...



... Cuando una seña familiar le advirtió de la presencia del condenado junto a su reja.

—Pero...

—Sí, Mariana, sí. De cerimonia. A pedirte, según es uso. Y estoy que no sé cómo me aguanto de alegría... Y tú, tú también, ¿verdad?

—¡Ay Esteban!—tornó a decir la angustiada Mariana.

—Bien está que lo celes, que la vergüenza de las mozas de ley es su mejor aliño. Yo lo diré por ti... Y no me estoy más, después de lo dicho, porque es mucha la ventisca y no quiero que mi Mariana adolezca... Y ¡hasta mañana, mi alma, hasta mañana por el atardecido, ya sabes!... ¡Cierra, cierra!... ¡Uy, garrida, que me llevo la mejor moza de la sierra!...

—Pero, oye... ¡Esteban!...

Esteban había ya doblado el callejón, y Mariana, transida de pesadumbre, echóse de bruces sobre el lecho, a llorar, a llorar bastante, porque nada entristece tanto como las nuevas que anuncian la felicidad inasequible.



Acudió presurosa. Abrió.

II

Y era verdad, que casi al mismo tiempo que hablaban Marcelón y Mariana, departían—había sido durante la frugal colación—Esteban y el tío Fusca, su padre. Esteban había dicho:

—Padre: he de pedirle una cosa.

—Hijo, tú dirás.

—La Mariana de Marcelón y yo, hablamos. Pídala para mi.

—¿Que pida a la Mariana, la de Marcelón?

—Sí, padre, sí; a Mariana, la de Marcelón.

—Pero ¿de veras estás en ello, Esteban?

—Aquí, en el pecho, está quien me lo dice, padre.

—Pero, ¿sabes lo que quieres?

—Lo que sé es que no podré vivir si no me la dan, padre.

—Tú, un medianil, casi jornalero, porque to se lo llevó la trampa y los tiempos malos...

—Y qué, padre...

—Pero es que Marcelón no te da la Mariana, más que la pidas en cruz y de hinojos.

—Así la pediría...

—Y si tiene maginao otro marido...

Brillaron un punto los ojos de Esteban, que supo contener el ímpetu...

—No le hace eso. Ella está por mí, que bien me lo ha dicho, y no es moza de hacer contrario al decir. No le hace eso, padre. No piense usted que me tiran fantasías: yo ya sé que junto a las puntas de vacas y a sus hatos de churras y merinas, nuestros ganadillos son como juguetes de niños... Bien lo sé, que al par de sus dehesas y centenales, nuestros prados son corraletas y gracias, y lo mismo sería que fuesen platales de los Méjicos, si a la postre se los habían de llevar los réitos y las cochinas potecas... No; no son fantasías ni eslumbraciones lo que me hacen decirle a usted: padre, pida usted a la Mariana para mí, que es mi afición por ella, de buena ley y como manda Dios, la que me rompe el pecho, bien correspondida por ella; que me lo ha dicho, alimentándome y sosteniéndome la afición con la misma suya, que es para mí to lo grande que haiga en Pastizales y en mil leguas a la redonda, que es como decir este mundo y el otro... No, padre, no; en esto, tan hondo y tan fuerte, no

hay quien mande; no hay quien se enfrente con esto. No puede ser... Le digo a usted que no puede ser...

Esteban, irguiéndose, puso en esta efusión de vigoroso ímpetu y viva protesta, toda la confianza ingenua que los grandes afectos juveniles desbordan a poco que se les hostigue, toda la energía moceril que el padre, satisfecho a pesar de todo, advertía como el bien familiar más preciado, que él mismo cultivara, antes que toda otra cualidad, como el mayor y más potente instrumento de trabajo en un medio áspero y difícil.

El viejo, un serrano duro y como granítico todavía, resumía las cualidades bravías y los defectos de la tierra alta en que nació y habría de cubrir alguna vez sus huesos. Arquitecto y albañil de su propio hogar, que antes fué peñascal, por él destrozado con el pistolete y el barrón, y tronco erigido de pino albar, que él abatió, descortezó, labró y arrastró monte abajo; cazador, más que pescador, de truchas y carpas, a mano limpia bajo los canchales del río, previa desviación del cauce, como un semidios mitológico; seguidor de la vulpeja astuta o, si a mano viene, del lobo cruel, en las intrincaduras de los montes; esgrimidor el más recio del

hacha de catorce libras y dos bocas, que él volteaba, como por juego, sobre su cabeza, antes de herir la rama del pino, cuyo suco la había de perfumar al verterse sobre los helechos verdes y gentiles de la espesura.

La serranía se concretaba en él. ¿Quién no sabía en Pastizales cómo no por gallardía, por necesidad, es cierto, pero al cabo por necesidad gallardamente satisfecha, subió más de una vez a la pompa, a la cogota, como allí dicen, de un pino, dos veces centenario, con el podcón en la faja y cuchillo en los dientes, a disputar al águila en cría el lebrato, aún sangrante, como en afirmación de señorío sobre la señora de los aires y de las pinadas?

Ya no, es claro. Tanto, ya no; pero todavía...

—No hay quien pueda mandar en esas cosas de dentro: eso parece, Esteban. Pero apostar que en la Mariana manda su padre...

—Como usted es el mío, y manda en mí. Sólo que ahora, si no me da usted el gusto que le pido... ¡No, padre, no, que no es amenaza! Digo, que si no me da usted ese gusto, me paecerá que no soy nada pa usted...

—Callao me tienes, hijo. Y sea lo que quiera Dios,

que mañana iremos de pedido en ca de Marcelón...

—¿Mañana?

—Mañana.

La colación finida, el viejo pasó al aposento, y dejóse prender del sueño. Sus primeros ronquidos los oyó en la calle Esteban, defendido de la nevaca por el rebozo de la manta, y del frío por el ardor de un corazón amante, que late a la vista del soñado ideal.

El eco de sus pasos apresurados perdiase en la cerrazón de la noche, mitigada por la violada espectral coloración del cielo...

Y la campana, como un tema de sombría, de dantesca expresión, reiteraba su canción de amparo al sin amparo, su toque de perdidos...

¡Tan... tan!...

### III

La taberna del tío *Gallino* es, por hallarse en la mejor plaza de Pastizales, y por el natural agrado y aun benévola memoria de su gerente para el apunte y borrado de los tragos al fiado, la más

concurrida de Pastizales, donde hay un buen número de ellas. No es extraña esta abundancia de santuarios de Baco, porque de antiguo se decía, y en los viejos papeles anda, que en Pastizales «son sus hombres grandes bebedores para templar la frialdad de la tierra». Cierta Oidor de la Chancillería Real de Granada, hijo de Pastizales, escribió esta disculpa, que aceptaremos como buena, por tan buena, acaso, como la de que las gentes del mediodía trincan de lo fresco porque, claro está, el calor hace sudar y provoca la sed. Para beber, toda razón es excelente: a veces, hay mejores razones que vino.

De las ahumadas paredes de la bebeduría colgaban, en festones negruzcos, los somarros y cecinas: en los estantes, botellas y frascos panzudos de todos los colores y procedencias; un humo espeso de tabaco ocupando el lugar que en todas partes está destinado al aire respirable, y acá y allá grupos de serranos, perpetuamente tocados con gorras como cabezuelas de niscalos o sombreros informes, como arneros de grandes y aun por lo agujereados, despachando cuartillas de caldo de uvas de Navalcarnero, a compás de una brisca eterna como

el invierno de la sierra, o al sonsonete de una conversa apetitosa por algún concepto... Un beodo, acodado en el húmedo mostrador se empeña en convencer al Ganimedes:

—Pero, ven acá, cigüeño ..

—Tú, sabes tú, estás aquí pa despachar lo que te pidamos los marchantes por nuestras perras... Los sermones, en la iglesia, ¿sabes tú?... Y dame uno de lo tinto, con cerveza de limón, ¿sabes tú?...

—Váyase, tío Corio, que va a salir el amo y tié malas pulgas...

—¿A mí, el amo? Si no me da de beber, le denuncio las suizas, que las tié donde yo me sé... y las piedras que tié puestas pa agrandarse el prao de los maellos, de arbitrario, ¿sabes tú?, y que va a pacha en lo de la leña pa el hospital, y que...

—Y que qué, Corio—interrumpió el *Gallino*, saliendo a la taberna desde las habitaciones interiores—. ¿Qué pasa?

El borracho se enderezó como pudo, miró al tabernero, se hizo cargo y guardó silencio...

—Anda a dormirla, Corio, que ya has cargao. Mañana, con el reseco de la mala noche, beberás de la espita de la plaza...

Tambaleándose, salió de allí el embriagado.

—¡Pobre de la Coria—exclamó un cliente, pensando en la tragedia doméstica inevitable.

Otro dijo, medio compasivo, medio desdeñoso:

—Ya está hecha.

Y otra vez el chocar de los vasos y el murmullo de las conversaciones, en voz baja mantenidas, hizo colmena de ociosos de aquel antro.

Alrededor de una mesa, un viejo rabadán y varios hombres de mediocre catadura, platican... Uno de éstos pregunta:

—¿Cuánto ha que pastoreas, Fusca?

—Arreo cabras desde los nueve años. Tengo setenta. Tú verás.

—¿Siempre en ca don Mariano?

—Siempre; mi padre y luego mi señor (1) ya estuvieron allí.

—¿Tiénesle ley, Fusca?

—No sabría hacer otro, ni en otro lugar. He visto la casa haciéndose, haciéndose, crecer, crecer, hasta ahora que ya la veis. Por la presente arreo trescientas reses, sólo de cabrío, que la punta de

---

(1) Suegro.



Tambaleándose, salió de allí el embriagado.

vacas entre lo que va a la dehesa y lo que tenemos ahí en el helechal, es muy bien de ochocientas.

—Y algo de lanar.

—Ya lo sabes tú que se hace buen esquila, que tú las esquilas.

—Una casa recia,

—Recísima.

—Eso vais ganando tóos.

—¿Qué tóos? ¿Los míos? ¿Mi gente?.. Mía éste... Los hijos y los nietos, que ya los tengo, y no mal encaraos, viven... como vivió mi padre, que está con Dios, y como vivió el padre de mi padre. Cinco reales, de mozo; dos pesetas de hombre hecho y el sebo para el ajo rucio o el tocino bajo pa las sopas. Claro que mos ayudamos con las patatejas de esa suerte que tenemos junto al río, por bajo del portalón, pero es quitándoselo de dormir, los chicos, que yo no estoy pa eso, y sin dormir no podría campear y don Mariano no consiente que las cabras y las vacas lleven detrás más gancha que la mía...

—Es malvivir...

—¿A quién se lo dices?... ¡Chico, otro cuartillo!

¿A quién se lo dices? Así están las cosas de pastoreo.

—Y las demás; las demás lo mismo.

—Marras ya estuvieron así...

—Pero marras no estaba el pan a noventa. Los jornales de la siega, en verano, ya lo sabéis, que antes eran con la comida, y ahora sin ella, poniéndoles encima un par de reales... Aquella comida, que no era comida...

—Y mos quejamos.

—¡Naturall...

—Y vos quejásteis y ellos se juntaron, y no pa mejorar el condumio, que fué pa quitarlo, equivalándolo con la pequeñez de la subida... En junto, menos de catorce reales, pa las bocas que haiga, y eso en julio y agosto. Que luego...

—Luego, ya se sabe. Por los Santos nieve en los altos.

—Por San Andrés nieve en los pies.

—Y el que no tenga botinas o albarcas, que se chinche...

—Y ya no se va la nieve hasta mayo. La casa, enterrada; el cielo y la tierra blancos, como ensabanaos, de muerto; el pan, al fiao; el agua, como

un pan... Y en la plaza docenas de hombres, con las manos metidas en la faja, esperando el socorro del Ayuntamiento...

—¡Socorro!... ¡Na!... Jornales de peseta y cinco reales, que no paran en la mano, porque to está debido antes de cobrar.

—¿Debido? Acordaisus de aquel año siendo alcalde Froilán, el de la tienda del altozano, que dió más jornales de Concejo que nunca se habían dao...

—Seis mil pesetas...

—Sí, seis mil pesetas que se llevó él, porque no había más tienda que la suya en Pastizales. Mos daba el jornal en el Ayuntamiento; nosotros lo entregábamos a las mujeres...

—Yo, no; yo me lo bebía—masculló un *bebensal* presente.

—Y la mujer se lo daba al alcalde en su tienda.

—Seis unos parias—dijo de pronto uno hasta entonces silencioso.

—¿Cómo?

—Unos parias. Y si no sabéis lo que es, aprenderlo. Unos parias. Unos desgraciaos ilotas...

—Mía, tú, Arenillas. Palabras que paecen palabros, no. Porque tú habrás leído, pero yo te

hincho los morros... y... hinchaos se te quedan.  
¿Qué es eso de arias y de pilotas? Habla pa tos,  
contra...

—¿Lo veis? Parias, parias, y también ilotas...  
Eso he dicho... Eran como... los esclavos, como  
los siervos.

—Pero, ¿dónde?

—¿Y qué más da?... ¡Mú lejos!... Y hay que sa-  
cudir el yugo, y ser hombres libres y conscientes,  
como yo. ¡Yo no tengo amol...

—¡Tú lo que tiés es una *bufanda* de las de tres  
vueltas!

—Estoy más sereno que el que inventó la sere-  
nidá... Lo que me dá es tártago de versus siempre  
quejándose y cómo sos va la juerza por la boca...  
Si fuáis hombres de veras, ni tú arrearías cabras a  
los setenta años, ni tú, Candongo, tendrías el ha-  
ber roío de potecas, ni a ti, Morros, te hubiá faltao  
el peculio.

—¡A mí no me falta naide, Arenillas, que bien  
me conoces!... ¡Ni el Peculio ese, que no debe ser  
de aquí, por más señas, ni yo lo vi en jamás, ni  
nadie, que ya sabes que soy de poco aguante, y  
mira lo que dices!...

—Anda, que no sabes lo que hablas, Morros. Peculio es el aquel del tener que ca uno tiene, si no se lo quitan, como a ti te lo quitaron los Mangulines, ganándote un pleito por empeños y por influencias con el diputao... Pobreza y cobardía... Ya veis lo que le pasa a Esteban. Puso los ojos en la Mariana, la de Marcelón, y la Mariana la de Marcelón es pa otro parigual a su padre de ella...  
Ajuntar y ajuntar.

—¿Y pa quién es la Mariana?

—Apostar que se la lleva Fermín, que a tantos tiene cogidos con el aquel del réito...

—No, que es pa Francisco, el de Zarzamoral...

Abrióse la puerta de la taberna con ímpetu que interrumpió a los habladores; una ráfaga de aire helado oreó un punto aquel ambiente... excesivamente humano y social. Era Esteban. La presencia del mozo en aquel lugar produjo extrañeza. No era hombre a quien se podía motejar de asiduo en casa del *Gallino*. Todas las miradas fueron a él, que llegó hasta un velador vacante: juntó a él una banqueta, dejóse caer más que sentóse, y dijo simple y rotundamente:

—¡Vinol



Llegó hasta un velador vacante, y dejóse caer más  
que sentóse.

La concurrencia, pasado el primer movimiento de curiosidad, volvió a su paso y a su camino: unos a beber, otros a jugar...

Arenillas siguió en voz muy baja sus informes:

—Ahí le tenéis: despreciao por probe, como si el serlo fuá un delito. ¿De qué le ha servío poner-nos a tóos la ceniza en la frente de trabajador y de honrao y de cuanto hay? Llega la hora de cobrarle al mundo to eso, y el mundo se vuelve de espaldas, y lo que tiene no basta, y lo que hizo no vale, y la mujer que prefiere se la birlan... ¡Pos se aguantará como tóos vosotros; se aguantará y seguirá triunfando el Marcelón y tóos los Marcelones...

—Pero tú ¿cómo sabes?...

—Pues no lo sé por haberlo visto, pero me lo figuro. Ayer fué la cerimonia del pedido, y como si lo viera: Esteban y su padre, con lo mejor del arca, en ca del Marcelón... Y «a lo que venimos, venimos», y «vosotros diréis», y «pídote a Mariana para mi hijo aquí presente», y «que cuánto das por la Mariana, Esteban», y Esteban que lo diría, y Marcelón contestando: «Vale más la Mariana»... Total: un desahucio en regla...

—Pues la Mariana está por Esteban...

—Eso dicen; pero si está por él, no está pa él...

—Pues abí lo tenéis, achantao, como si el Marcelón fuá sagrao, o Zarzamoral un pueblo en las nubes.

—No es apocao, no. Eso, no. Es... lo que sois tóos: paria, resinao, siervo...

—Ilota de esos, vamaos.

—Cabal. Veréis... ¡Esteban!... ¡Esteban!...

El interpelado alzó la testa, fruncido el entrecejo y enarcó los hombros, como demandando ¿qué hay?

—¿Cómo tan solo? Llégate aquí, que hablarás y se te irán los malos pensamientos.

—¿Quién te dijo que los tengo, Arenillas? Déjame,

—Desabrido estás, hombre. La vida social de la sociedad mitiga las penas, Esteban. Y no estando aquí Marcelón...

—¿Crees que le temo, hablador?

—¿Quién dijo eso? Pero le odias, Esteban, y no querías encontrarle...

—No, no quisiera encontrarle—repitió sombrío Esteban, que se trasladó a la tertulia a que era so-

licitado—; no quisiera encontrarle, porque si lo encontrase...

—Hay que ver lo que ciegan los bienes, ¿eh?

—Malditos, amén, los bienes—dijo exaltado el mozo—. Malditos los bienes, y las vacas, y las cabras, y las tierras, y los pinos, y cuanto nos separa a los unos de los otros y nos desiguala y nos infierna... y nos mata...

—Y bien que bien—subrayó Arenillas—. Los capitales y los capitalistas... Ese es el mal, y hay que acabar con eso... pase lo que pase.

El viejo rabadán intervino:

—No seas bruto, Arenillas. Entavía Esteban está dolido; pero tú... si no fuá por los capitales y por los capitalistas que los hacen, ¿qué ibas a comer... y a beber?... No maldigas, Esteban; los bienes no tienen la culpa de na. Son los hombres, que se apegan a los bienes, y como se embrujan...

—Sí será; pero cuando uno se entera de que el no tener es más tropiezo en el mundo que el no valer o que el no poder...

—Siempre se ha dicho: tanto tienes, tanto vales...

—Pero eso es de tejas abajo... y gracias.

—Anda, anda... Pues eso es lo que importa. La gloria de éste era Mariana; no se la dan porque no tiene... ¡pues condena!... Después ya veremos lo que pasa...

—Sí, ya veremos lo que pasa—repitió sombrío Esteban, cuyos negros pensamientos recibían empuje de los dichos de unos y otros, con más acceso a su dolido pecho que las palabras sensatas del anciano pastor.

—Los bienes habían de ser de tóos y pa tóos...

—Eso, Arenillas, eso—gritaron la mayoría de los oyentes...

—Yo no quiero nada. Yo quiero lo que quiero, na más—dijo Esteban, encogiéndose de hombros.

—¿Pero ella?

Esteban no contestó a esta pregunta, limitándose a repetir:

—Quiero lo que quiero y na más.

—Pero lo que quieres tiene un amo, que pide por ello lo que tú no puedes dar. Otro lo dará y se lo llevará...

—O no se lo llevará, recontra—exclamó, poniéndose en pie el mozo, con los pulgares en la

faja y los ojos en los ojos de Arenillas—. ¿Lo oyes, tú?... ¡O no se lo llevará!...

Y salió de una rabotada, dando tal portazo que la cortinilla roja flameó como una bandera de combate, y al golpe miró el *Gallino* a la puerta y dijo:

—A ver si pa una vez que vienes me escachas un vidrio, tú...

#### IV

Dos cosas habían atravesado el corazón de Esteban: la negativa de Marcelón, que si era verdad, como Arenillas lo dijera en la taberna, que había negado a su hija para mujer del pobre mozo, y la respuesta de Mariana, cuando el infeliz apeló a la moza de la sentencia del interesado viejo.

—Y tú, Mariana, tú, ¿qué dices?

—¿Qué voy a decir? Lo manda padre.

—¿Y te conformas, Mariana? ¿Pero es que no soy nadie para ti?

—Si eres o no eres, cosa mía es ya. Busca tu

camino, Esteban, que a mí me lleva la suerte por otro, y no hay más.

—Pues no ha de ser tan y mientras que yo aliente y sepa que vas de por fuerza por él. Por tu querer mismo... ¡anda con Dios, que aunque Esteban se repudra y se muera, no le hacel ¡Pero a rastras, no; a rastras, no, Marianal Ya me dijo tu padre: «Nada malo tengo que decir al respetive de tu hombría, que es de bien.»

—¿Y entonces?...

—Entonces es que tú tienes bienes, y tu padre quiere que tengas más... Pero si yo te quiero pobre, más pobre que la misma pobreza... ¡Malditos dineros y los que...!

—Mira lo que dices, Esteban. Mi padre es... mi padre. ¿Qué más te diré? No soy la primera ni la última hija que se retuerce el corazón obedeciendo. Yo tengo pa mí, que en esto y en tó, el aquel del responder es del que manda. Yo obedezco... tú... tú...

Aquí la moza atarugóse. Un sollozo le subió del hondo del pecho a la garganta y allí estalló en suspiros, que salieron por la boca, y lágrimas que buscaron su natural desahogo... Esteban, empi-

nándose sobre las puntas de los pies, con lo que más se hundía en la nieve aún blanda, para mejor alcanzar la ventanuca enrejada, y sin alcanzarla, prorrumpió:

—¿Lo ves, mi Mariana?... ¿Lo estás viendo?... Y aún tengo que estimarte esos hipos y lágrimas, que parece mentira que pa mí sean de contentar y consolarme un poco. Que ya el verte tan obediente, tan obediente, me iba haciendo daño...

—Pues por estas lágrimas te pido, Esteban, que aguantes el sino que nos toca... Otras mujeres hay.

—Y otros hombres, ¿no?...

—Yo, por ti lo hablo.

—Pues por ti lo hablo yo, y no paso por ello, que a mí ninguna mujer me importa, en no siendo tú; y toos los hombres, en cambio, me inquietan y azozobran... ¿Cuál va a ser, Mariana?... ¿Dónde está?... ¡Que yo lo sepa, que yo lo vea, y...!

—Baja la voz, Esteban...

—Razón tienes. Callaré, que no se consigue ná con las voces.

—Y vete.

—Tamién me iré... pero no pienses que pa siem-

pre, Mariana; volveremos a vernos y a hablarnos...

El desesperado Esteban, que burlaba la helada con el ascua de su corazón sangrante, marchó a su casa.

Esperaba junto al llar el anciano. Vióle entrar silencioso y cejjunto. Movi6 tristemente la nevada cabeza.

—No cenaste apenas, ni comiste, Esteban. Un torrezno vendrÍate bien.

—Pa morirme, padre. No me cumple nada.

\* \* \*

Entretanto, cartas iban y venian de Pastizales a Zarzamoral y de Zarzamoral a Pastizales.

Marcel6n, con la mano del secretario del Juzgado municipal—porque Marcel6n no sabía escribir, y maldita la falta que le habÍa hecho, si vamos a mirar las cosas como son—, habÍase puesto al habla por la posta con Leocadio, su consocio, para seguir llamando a las cosas por su nombre, y las negociaciones iban bien y de prisa. La Mariana: con su pacotilla, serÍa para el Francisco, que tampoco iba al caso con las manos vacÍas, y la boda debÍa celebrarse en pasando el invierno, que e

mal tempero para viajes. Entretanto, cuando los pastores anunciaran que el puerto se abría—a la sazón cerrábalo la nieve, sin dejar resquicio—, Francisco pasaría a *vistas* de la Mariana y a venir en lo más preciso; Marcelón hizo gran fuerza en lo del domicilio de la futura pareja. Habían de vivir en Pastizales. A Leocadio le quedaban otros hijos, y él no tenía más que a Mariana; si hacía falta, forzaría un poco la mano en lo de la dote y arras, por lograrlo.

Leocadio, que empezó tratando del caso movido de un sentimiento paternal parecido, acabó por alegrarse de haber discutido.

Como es natural, las cosas tenían ya madurez «pública» suficiente para que nadie en Pastizales ni en Zarzamoral las ignorase.

Y con todo detalle las conocía Esteban, y aun adornadas con los requilorios que la murmuración, siempre propicia a las amplificaciones, iba poniendo en suceso que tanto suele preocupar a los ociosos como un cambio de estado, mucho más si, como en esta boda acontecía, había antecedentes, fundamentos y cimientos para toda clase de «se dice» y «vaya usted a saber».



El desesperado Esteban, que burlaba la helada con el ascua de su corazón sangrante, marchó a su casa.

V

Por su parte, el desengañado mozo casi no hablaba con nadie palabra de su duelo. No quería él sin duda profanarlo, y ni aun cuando era requerido por comadre curiosa o camarada hablador, mentaba a Mariana.

Pero era su odio a cuanto significase riqueza o bienestar material como una especie de obsesión: una alegría, extraña en hombre tan cabal, invadía su pecho y coloreaba sus palabras cuando oía decir del mal de pezuña, que diezmó la punta de vacas de éste, o de la lobada que medio acabó con el hato de aquél. Una escarcha negra, que acabó en una noche con los patatares enormes de Marcelón, le arrancó este solo comentario:

—Poco es eso... Todo, todo, y aún es poco...

Por un proceso interno tan fácil de explicar como doloroso, Esteban, sin olvidar un punto—¡oh, eso no!—a Mariana, y precisamente porque no la olvidaba, odiaba con todos sus sentidos y potencias lo que de ella le había separado. Y cuando, en

alguna de esas conversaciones inútiles que los hombres todos mantienen alguna vez, le preguntaba algún amigo, entre trago y trago:

—¿Si tú fueras rico, qué harías?...

—¿Si yo fuera rico?... Pues... hacerme pobre.

Los ricos no son hombres, son fieras. Yo quiero ser hombre.

Un día no se supo de él. Había subido al puerto, casi limpio de nieve, como no fuera en los picachos, y donde, en cierto prado de la umbria, criábanse dos chotas nacidas por entonces, y se aguardó por el padre inútilmente la vuelta del mozo aquella noche. Como por el regreso había de visitar a cierto pariente molinero, que tenía el caz a media ladera, pensó el viejo:

—Hízosele de noche y allá quedó.

Pero al otro día tampoco pareció Esteban, ni al almuerzo ni a la comida...

Su padre dió parte al teniente de la guardia civil, jefe del puesto, con zozobra explicable. Para el infeliz no pasaban inadvertidas las cosas extrañas que en su hijo podían observarse de poco a entonces. Su vivir taciturno, su trabajar sin gusto, su mirar el rato de la colación familiar como un diario

tormento, sus exaltaciones repentinas contra los ricos y sus riquezas... Y ahora no volvía, no volvía...

El comandante del puesto de civiles trató de consolar al anciano:

—Ahora mismo salen dos números; pero usted se apura de más, creo yo. Esteban es hombre entero, y...

—Era, era un hombre entero, mi teniente. Me lo han partido, me lo han matado...

Dadas las órdenes oportunas, la pareja tomó el camino por los atajos... El padre, sobre su yegua serrana, se los iba indicando... Y aún le acuciaba la ansiedad para meter la cabalgadura en pasos inverosímiles, pero que tenían la inestimable condición de más breves.

Algunos convecinos habían salido al encuentro de la breve cabalgada, y aumentádola. Así, repartidos, era más fácil la requisa. Y todos, zigzagueando, iban subiendo los repechos y dominando las ásperas cuestas. El viejo, sin dejar de mirar a lo cerca y a lo lejos, iba rezando... Un terrible presentimiento, punzando su alma, hacía de la íntima y fervorosa plegaria un a modo de campaneo terco,

que sin sonar en sus oídos los atravesaba... En su pecho repicaban el dolor y la angustia... Esteban... Esteban... ¡Esteban!... Padre nuestro que estás en los cielos...

La comitiva se reunió en un claro: una meseta propicia al descanso de los hombres y de las bestias, que todos iban estando sin resuello.

Mediaba la tarde; a lo lejos las montañas en sombra teñíanse de violeta; en el dilatado valle, de monótona y clarísima topografía, cuadros y cuadros de verde césped, bordeados de cerca de piedra gris; la argentina cinta sinuosa de un riachuelo; la recta carretera, festoneada de álamos aún sin vestir, como manos implorantes... El sonido de las changarras y las esquilas... y, por sobre todo eso, la maravilla de un cielo de nácar adornado de nubes alargadas, como plumas, que un ave mágica e inmensa hubiera dejado flotar en él...

Esta calma del cielo que alguna vez hemos creído indiferente a nuestros dolores, cuando es consuelo puesto por Dios a nuestro alcance, y lección y esperanza...

Dióse la orden de seguir subiendo: faltaba poco...  
—¿Poco?... ¿Pa qué?... ¿Pa llegar adónde?—

pensaba el padre infeliz—. ¿Adonde está Esteban?... No importa llegar a parte alguna si él no está... Falta poco, o falta mucho... Eso lo sabe Dios.

Y otra vez la plegaria, suscitada en su alma por la palabra grande, que todo lo llena, todo lo estimula y todo lo mueve... Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo...

La mirada, tan hecha a atalayar, del pobre padre, subía a las crestas, se hundía en los barrancos, escudriñaba las oquedades y las cuevas, atravesaba los sabinos y los acebos...

¡Todo inútil...

Y no ya Esteban, pero ni una huella, ni una señal, ni un indicio...

De pronto rasgó el aire el aullido del lobo. Miráronse todos, porque todos habían concebido la misma idea. Acaso habrían de disputar el cadáver a la manada carnícera. Y de nuevo el lobo aulló.

Dieron voces y algunos dispararon las armas que llevaban consigo.

Y vieron los lobos... uno... dos... tres... saltar por los cantiles... escapar... perderse. Nuevos disparos en aquella dirección; pero allí comenzaba el pinar...

Y, al cabo, llegaron.



De pronto rasgó el aire el aullido del lobo.

VI

¿Quién pintara el espanto de aquel infeliz padre y la tristeza del acompañamiento?

Rodeado de pinos derribados, empuñando el hacha de dos bocas, Esteban, las ropas desgarradas y el cabello en desorden, casi desorbitados los ojos, abrazado a un tronco y guardadas las espaldas por un cantil, había logrado poner fuera de combate a varios lobos; pero jadeaba, parecía infaliblemente... Las restantes alimañas escaparon...

Fuése a él el viejo, apeóse y sosteniéndole con fuerzas, que daba la alegría a la senectud, le dijo:

—¡Esteban, Estebanillo! ¡Al fin!...

El mozo, después de mirar a quien así le hablaba, dejó caer el armado brazo, vaciló y se hubiera desplomado... Todos se acercaron al grupo, pleno de ternura y de dolor, con un respeto casi religioso.

Un héroe mitológico vencido no hubiera tenido en aquel lugar mayor prestigio que el fornido



El mozo dejó caer el armado brazo, vaciló y se hubiera desplomado...

cuerpo de Esteban, sudoroso y tremante a un tiempo, en brazos de su padre desdichado.

Un paroxismo destructor, hijo de la obsesión, exacerbada en la soledad y en la contemplación de la abundancia de los bosques de pinos—que para todo serrano son el símbolo y concreción de la vida—, hizole a Esteban enarbolar el hacha... Cayó el primero... y el segundo... Y la furia crecía en proporción del daño causado: el crujir de la madera henchida, el chasquido de las ramas rotas al caer la pompa sobre la tierra, eran música magnífica para el dañador... Las fuerzas cedían: se acercaba el término de la resistencia y de las energías decuplicadas por la tensión y la ráfaga vesánica...

Pero aún derribó dos, tres, cuatro pinos más...  
¡Una hazaña hercúlea!

Y decía al golpear los troncos:

—Así... así... no quedaréis ni uno... Y cuando acabe con vosotros, lo demás, todo lo demás...

Poco después, sofocado, inutilizado por el tremendo esfuerzo, tuvo la desgracia de despertar el olfato de la manada de lobos... Nueva lucha, esta vez para salvar la vida, en un confuso atisbo del instinto...

Y el resto lo sabe el lector.

—Háblame, Esteban... Háblame, hijo...

Esteban, como si aquellas desgarradas voces no fuesen a él dirigidas, permanecía mudo, como un niño...

El viejo, sollozando, púsose en pie, dejando reclinado a Esteban sobre uno de los pinos por él derribados y rugió:

—Amigos, ya lo veis. Le hemos encontrado... ¿donde ya no estabal

Dispúsose el descenso.

Acomodado Esteban en una cabalgadura, dejóse conducir sin protesta, y junto a él su padre y uno de los civiles dábanle convoy y ayuda... El resto de la comitiva siguió a la zaga. Las primeras sombras del crepúsculo, ese crepúsculo tan rápido de la sierra, envolvían a la montaña, pareciendo subir del valle para juntarse con sus hermanas las sombras primeras que en el firmamento iba dejando el sol, mucho hacía traspuesto. El viento, cortante, sutil hasta entonces, cesó. Una calma significativa, tibia, lo invadió todo... El cielo se encapotaba con premura.

—Esta noche nevará otra vez.

—Apostar que sí.

—Arreemos entonces, siquiera para salir de los peñascales.

Y el triste cortejo, faldeando la ladera, llegó al valle, donde los robles y los peñotes redondos dejaban entre sí angostos senderos, por donde fué preciso marchar en fila. Anocheció definitivamente. Por la fineza del ambiente montañoso parecían cercanas las lucecillas de Pastizales, que encendíanse poco a poco constelando la masa oscura del poblado. Y empezaron a caer, lentos, como meciéndose a gusto en los aires, los primeros copos de nieve, grandes y esponjados, que paulatinamente fueron espesando en cantidad y apretándose, granando, como allá se dice. Muy poco después cuajaban sobre la tierra, añadiendo su frialdad a la frialdad terrible de los corazones, por donde parece pasar y repasar nieve roja en vez de sangre de calor y fraternidad. ¿Qué era el espantoso fin de aquel buenazo de Esteban, el amargor de vida de una moza honesta y buena hija, como Mariana, las duras condiciones de la existencia miserable de tantas víctimas propiciatorias del odio y del afán de adquisición, sino el helor de la nieve espiritual

del egoísmo, que entumece las almas y las acorcha como entumece y acorcha los miembros la otra nieve frigidísima? ¿Y cómo, donde la poética cristianísima tradición del toque de perdidos es como una flor de emoción, ha de haber tales sequedades de conciencia y tales páramos cordiales? ¿Por qué los corazones y las conciencias no tocan a perdidos? La desorientación de los que abandonaron el camino, que borró la nieve, nos acusa a todos. A todos, sí, a todos los que, más o menos, conocemos lo que es justicia seguidera y pasión digna de vituperio...

En Pastizales, en todas partes, falta amor... La hipertrofia infernal de los pronombres fríos por excelencia, *Yo... Nosotros...* ata nuestras miradas al terruño... Para el cielo, nada.

Dicho se ha que por mucho mirar arriba se anda a tropezones acá abajo... Pero ¿quién lo dice? Falta amor... Está escrito donde no habrá quien lo borre... A Dios, como a Dios; pero al hermano como a tí, ¿es que es mucho? ¡Pues mucho!... ¿Es que es poco? Pues poco; pero no menos... nunca menos.

.....

El viejo padre de Esteban iba hasta donde el magín se lo consentía, hilando éstas y otras lamentaciones.

Al cada vez más rápido paso de las cabalgaduras en el que iba avanzando el séquito, que muy pronto, por entre la cortina de la nieve atisbó las primeras casas de la villa.

## VII

Y en aquel momento comenzó un furioso repique, desigual, sin compás pero sin descanso. Nunca las campanas de Pastizales habían sonado tan temerosamente en noche de nieve... Ora cruzaba los aires el son de la grave campana; ya vibraban los agudos sonos de la pequeña...

Hubo quien pensó que las campanas avisaban de algún siniestro inesperado, un incendio, un alud sobre las casucas del barrio alto...

No, no. Era a perdidos, era toque a perdidos, sin duda alguna.

Pero ¿quién y de tan extraña y apasionada manera?

Era un toque a perdidos, sí; pero clamor desesperado, de pánico, de rebato, de angustia...

.....

El interesado Marcelón no pudo evitar que a Mariana llegase la noticia; Esteban había subido al puerto y no volvía. Era la tarde misma en que ocurriera lo narrado en las páginas anteriores: la denuncia y requerimiento a la autoridad, la marcha del padre del desaparecido y de los demás que le acompañaban. Con el corazón acompañó Mariana a los buscadores, y halló manera de ir teniendo noticias que fueron siempre negativas... No volvía nadie... no se sabía nada... La angustia oprimía el cuello de la moza, como una mano de bronce pronta a estrangularla... Volvió su padre: no se atrevió... no se atrevió... y Marcelón, sacudiéndose la nieve, sentóse en un poyo, metiendo casi las abarcas en el rescoldo de la lumbre, sombrío, taciturno... Al cabo dijo, sin poder contenerse...

—Es ya noche cerrada y éstos no vuelven...

Mariana no inquirió. ¿Para qué? No había dudas... Y creciendo la angustia y la palidez de su

semblante, llevóse al pecho ambas manos, doblóse como un tallo herido por el dalle y se desplomó...

Marcelón recogióla con esmero que contradecía su rudeza, y con las más dulces palabras procuraba reanimar a la moza, que siguió exánime.

Marcelón, presa de la turbación más dolorosa, herido en el único afecto de su vida, irguióse, llevando en vilo a la como muerta Mariana, depositóla sobre un lecho y, como espoleado por el remordimiento más fuerte que él, salió a la calle, corrió con cuantas fuerzas le dejaban los años y la emoción, resoplando subió primero las escaleras, después las rampas de la enhiesta torre, por cuyas ojivas entraban y salían los copos de nieve, a tientas requirió los cabos de cuerda y quiso neciamente... trágicamente, llamar, atraer al desaparecido, al perdido... Algún bronce llegó a voltear, hiriéndole; pero el viejo no cejó, haciendo sonar su requerimiento, enviándolo al espacio como una rectificación, como un mandato iracundo... como un ruego...

Las mismas campanas parecían espantadas de aquel repicar sin tino y sin medida...

Y cuando el desdichado Esteban, con su padre

y los demás cruzaba la plaza, seguía el toque en toda su furiosa exaltación...

—Extraño campaneó de perdidos es éste—dijo uno...

—Si es pa mosotros, inútil ya...

—Inútil, sí...

Inútil, porque Dios, el mismo Dios, esteriliza todo esfuerzo que no tiene por ímpetu interior su servicio y el amor a los que nacieron hermanos nuestros y que las pasiones de cada uno acorazando las almas, alumbran de indiferencia o de odio.

Marcelón seguía tañendo; pero tañendo en suma para sí, pensando en sí...

Llamaba a su propia tranquilidad interrumpida, a su propia felicidad tal como él la concebía, rota, a la continuidad del sosiego de un hogar, maltrecho y amargado; pero del suyo... Era, como tantas otras veces en el mundo, el egoísmo disfrazado de caridad.

Y al mundo se le engaña o acaso el mundo, egoístamente déjase embaucar...

Pero...

Porque en aquel toque de perdidos, terco, fu-

rioso, de pesadilla, por una dramática inversión,  
el que tañía era el perdido, el desorientado...

... Y en la fosca e hiriente blancura fantasmal de  
los valles en nieve, seguía cayendo, atropellado,  
febril, el campaneo.

Victor Espinós.

# **NUESTRA NOVELA**

publicará en el próximo número

# **LA PRIMERA NOVIA**

novela inédita de

**CURRO VARGAS**

con ilustraciones de

**ALMOGUERA**

---

El admirable costumbrista traza en esta novela un cuadro, lleno de ambiente y de brillante colorido, de la vida estudiantil madrileña.

Sobre el pintoresco fondo vibran notas de estudiantina, y pasa, con una fuerte visión de realidad, el romance del protagonista con las primeras aventuras de su juventud, sus ilusiones y sus caídas, su primer amor y su cruel desengaño.



